

Redes, desigualdades sociales e interseccionalidad: el caso de las migraciones colombianas y peruanas en la Sierra Norte del Ecuador

PhD. Guadalupe del Rocío Yapud Ibadango
Docente Investigadora de la
Universidad de Otavalo (Ecuador)
ryapud@uotavalo.edu.ec

DOI: 10.47463/clder.2020.02.007

Resumen

Este capítulo analiza la inserción laboral de la población migrante de Colombia y Perú en dos ciudades intermedias de la zona norte del Ecuador: Ibarra y Otavalo. Dos grupos de inmigrantes con presencia histórica en estas localidades. La investigación aborda el vínculo entre migración, desigualdades sociales y mercados laborales. Se parte del antecedente que a lo largo de la historia de las dos ciudades se conformó una matriz histórica de inequidades socioeconómicas, que se han ido articulando a diferencias étnico-raciales, de género y de nacionalidad que se acentúan en contextos migratorios.

Se presentan dos historias de discriminación y exclusión de los “otros” y las “otras” que tienen distintas connotaciones. Por un lado, en Ibarra se evidencian formas de discriminación más clásica contra la población colombiana, que es segregada principalmente por su nacionalidad por parte de los grupos de poder local. Por otro lado, está Otavalo con una élite indígena que se distingue por su pasado colonial y donde se ha construido un imaginario de identidad local asociada al territorio como un elemento de apropiación cultural y simbólica. En este escenario surge el otro migrante de Perú, que es visto como “ajeno”, que al igual que la población colombiana llega a compartir mercados de trabajo altamente precarios.

Palabras clave: *migraciones; desigualdades sociales; espacio e interseccionalidad*

Las migraciones de Colombia y Perú hacia el Ecuador tienen una larga trayectoria histórica que se encuentra marcada por los límites fronterizos, un pasado colonial, dinámicas socioculturales compartidas. En el caso de Colombia, este flujo migratorio tiene sus orígenes a partir de la década de 1950. En este tiempo, llegan los primeros mercaderes desde Colombia a la ciudad de Ibarra con el fin de comercializar sus productos (Yépez, 2016). Poco a poco, Ibarra se convirtió en una localidad de acogida por parte de los ciudadanos colombianos, quienes se instalaron con pequeños negocios y distribuidoras.

Sin embargo, a partir del año 2000 las migraciones colombianas hacia el Ecuador se intensificaron debido al conflicto armado que se vivió en ese país (Ruiz, 2010). Este hecho es crucial para comprender la salida masiva de familias desplazadas de manera forzosa y que huían de la violencia. Esta migración es heterogénea y presenta múltiples desplazamientos dentro del país de acogida, que si bien durante los primeros cinco años, las ciudades de Ibarra y Otavalo eran lugares de paso que conectaba a las grandes ciudades de Quito y Guayaquil, en la actualidad se han convertido en asentamientos de población migrante (ACNUR, 2012).

Otro hecho que se aprecia es que la población migrante se inserta en trabajos altamente precarios, donde experimentan explotación laboral, jornadas extensas de trabajo, acoso laboral discriminación. El grupo que se encuentra en condiciones de vulnerabilidad, son las mujeres colombianas, quienes llegan como desplazadas y luego de la intervención de las organizaciones de cooperación internacional adquieren el estatus de refugiadas (Camacho, 2005).

En el caso de la población migrante de Perú también ha tenido presencia histórica en el sur del Ecuador, a través de la vinculación a empleos en el sector de la construcción y el comercio informal (Ramos, 2010). No obstante, durante el año 2000 los migrantes peruanos se trasladaron hasta la ciudad de Otavalo, atraídos por el comercio artesanal de la plaza de Ponchos. Es decir, se vincula a los procesos de migración globalizada del pueblo kichwa-otavalo. Entran en un primer momento a competir con la comercialización de artesanías y esto provoca ciertas tensiones con la población local, que son disueltas poco a poco por las dinámicas económicas que se establecen entre estos dos grupos y la implementación

de estrategias étnicas como es el caso de las alianzas matrimoniales, que se presentaron en el trabajo de campo de este estudio.

La investigación se desarrolló desde el año 2017 hasta el 2019 y busca ser un aporte a las discusiones sobre las migraciones de países vecinos como Colombia y Perú que se han asentado en el norte del Ecuador. Se optó por asumir una metodología cualitativa que se ubica en la sociología de las migraciones, las desigualdades sociales y la geografía crítica. El enfoque teórico-metodológico es la interseccionalidad que nos permite analizar la manera cómo las inequidades socioeconómicas se entretajan con las desigualdades de género, etnia y condición migratoria.

Para ello, se hizo un trabajo etnográfico en los mercados Amazonas de la ciudad de Ibarra y la plaza de Ponchos en Otavalo. Se recopilaron trayectorias laborales de los migrantes y se aplicó la observación participante. En este espacio presentaré algunos resultados de la investigación doctoral y me centraré en la etnografía realizada en los dos mercados, donde se establecen relaciones socioeconómicas, culturales y simbólicas de la población migrante y no migrante.

El capítulo está organizado de la siguiente manera: la primera parte es una discusión teórica sobre las desigualdades sociales en los mercados laborales y el papel que cumplen las redes en la inserción laboral o no de la población migrante. En la segunda parte, presentaré la descripción densa del mercado Amazonas en la ciudad de Ibarra y de la plaza de Ponchos de Otavalo, lugares característicos donde confluyen masiva presencia de migrantes varones-mujeres y población local. En la tercera parte, reflexionaré desde la perspectiva de la interseccionalidad, sobre las desigualdades de clase, género, etnia y nacionalidad.

Las redes migratorias y desigualdades sociales

El estudio de las desigualdades sociales tiene larga data y ha tomado varios caminos que van desde la economía, la política, la cultura y la espacialidad. Pérez Sainz (2017) señala que América Latina es el continente más desigual y que en este contexto existe una persistencia de las desigualdades sociales que son duraderas y se encuentran imbricadas en las estructuras de poder de las sociedades latinoamericanas. Un factor central en estas investigaciones es el papel que cumplen las redes migratorias para alivianar o acrecentar las inequidades.

Claudia Pedone (2010) sostiene que las redes migratorias son potenciales para motivar los movimientos migratorios y depende si los lazos o vínculos son fuertes o débiles para el éxito en el proyecto migratorio. De hecho, los migrantes cuentan con contactos tanto en los países de origen como de destino para iniciar su trayectoria migratoria. A través de estas redes se comparte información sobre fuentes de trabajo, sitios donde habitar. El concepto ha sido ampliamente aplicado al caso de los migrantes latinos en países como Estados Unidos y Europa (Portes, 1997); pero en nuestro caso de estudio, se aprecia que estos lazos o vínculos se han establecido a lo largo de la historia de los países andinos como el Ecuador, Colombia, Perú.

No obstante, para unos actores sociales las redes tienden puentes para el acceso a trabajo, vivienda, protección, información privilegiada; para otros sujetos estas pueden constituirse en un obstáculo para alcanzar el acceso a los mercados de trabajo. Caben aquí inquietudes como ¿cuáles son los mecanismos de cierre o apertura que operan para la inclusión o exclusión de los otros?, ¿cómo se establecen relaciones de jerarquía entre los actores que conforman la red? Si tomamos en cuenta a los productores de Perú, ellos se posicionaron en las localidades gracias a que se activaron sus redes, también sostendremos que estas redes pueden convertirse en mecanismos de explotación y acumulación.

Para ponerlo en términos de Charles Tilly (2000) se asegura que estas redes superarían el ámbito individual para sobreponer lo colectivo. Antes que grupo el autor prefiere hablar de “categoría” o pares categoriales (negro/blanco, varón/mujer, ciudadano/extranjero), definidos como relaciones sociales, en las que quienes tienen el control del acceso a los recursos, resuelven sus problemas organizacionales basándose en distinciones categoriales. “Inadvertidamente o no, establecen sistemas de cierre, exclusión y control sociales”. (p. 21). Cuando Tilly se refiere a “organización” está hablando sobre relaciones sociales circunscritas a los grupos de parentesco, hogares, comunidades locales, pero también a empresas, gobiernos, escuelas, estructuras formales y jerárquicas como sería el caso de las redes migratorias.

Siguiendo a Tilly planteamos que los actores sociales que integran la red generalmente categorizan mediante dos mecanismos causales: el primero es la *explotación* por parte de quienes tienen el poder, los recursos

y son socialmente bien relacionadas. Este grupo obtiene utilidades del esfuerzo de terceros, a quienes les excluyen de todo valor agregado.

Un segundo aspecto que analiza Tilly es el *acaparamiento de oportunidades* que consiste en que los miembros de una red ganan acceso a un recurso valioso, renovable y tendiente a la formación de un monopolio. Son parte de la red, conocen su funcionamiento para luego hacer suyo el *modus operandi* de la red en cuestión. Aquí se operativizan las desigualdades mediante la imposición de barreras para alcanzar los recursos de los cuales disfrutaban los integrantes de la red. Parecería que este segundo mecanismo es el que opera en el caso de las redes de migrantes, específicamente en los nichos de mercado que encuentran en los lugares de destino.

Con estas premisas parecen coincidir Pérez Sáinz y Mora Salas (2014), quienes inspirados en Tilly afirman con el ejemplo de los mercados de trabajo como campos de poder, donde se establecen relaciones asimétricas entre los propietarios de los medios de producción y los dueños de la fuerza de trabajo. Es decir, en los mercados laborales existen las condiciones para la *explotación* en el proceso productivo. Mientras que el *acaparamiento de oportunidades* por parte de las clases subalternas se expresa cuando trabajadores regulares crean barreras para impedir el paso a los trabajadores del sector informal.

Entonces dentro de las redes se establecen relaciones de poder estandarizadas, en las que intervienen tres tipos de sujetos sociales: los individuos que se confrontan en términos de trayectorias biográficas; los grupos sociales de género, etnia, edad, nacionalidad, que se contraponen como pares categóricos en su disputa por los recursos materiales y simbólicos; y las clases sociales antagónicas definidas por la propiedad y posesión de los medios de producción. En sí podemos inferir que no siempre las redes juegan un papel positivo, puesto que no están libres de contradicciones, límites, debilidades que se reflejen en el éxito o fracaso de las trayectorias laborales y migratorias. Tampoco son un sistema fijo, más bien son cambiantes e históricas y dependen de la agencialidad de los sujetos para reproducir capital social o realizar crear mecanismos de cierre que impida el acceso a otros sujetos dentro de la red (Wilson, 1998; Tilly, 1999).

Por su parte, Erik Olin Wright (2010) estudia las desigualdades sociales como estructura de clase que caracteriza a una sociedad capitalista y debe ser comprendida bajo tres aspectos, pero en un análisis integrado. El primero se refiere a los atributos y condiciones que tienen los sujetos tanto los indígenas otavaleños como los migrantes para acceder a un mercado laboral casi exclusivo. Esto es las condiciones materiales como el “origen de clase”, el entorno familiar (infancia) educación, que se articulan a recursos culturales y conexiones sociales. El segundo aspecto alude a la “apropiación de oportunidades” económicas y a la exclusión de las mismas, que como hemos visto están mediadas por las redes que cada grupo étnico ha constituido a lo largo y ancho de su historia.

El autor argumenta que el problema no es quien está excluido, sino que “existan mecanismos de exclusión que sostengan los privilegios de aquellos que se encuentran en determinada clase” (Wright, 2010). Esto se evidencia en las barreras para ingresar a la red como el hecho de tener lazos de parentesco y el capital económico suficiente para invertir.

El tercer aspecto es la explotación y dominación que ejercen los capitalistas sobre los trabajadores; los primeros han empleado mano de obra, en la mayoría de los casos barata o fuerza laboral flexible que les ha permitido cierta acumulación económica y de capitales sociales y culturales. De esta manera se visualizan las jerarquías sociales que ubica a dos grupos étnicos dominantes y al resto de personas que giran a su alrededor situándose en las distintas posiciones de clase – media, baja- (Wright, 2016). De tal modo que las desigualdades dan notoriedad entre quienes son propietarios de los medios de producción y quienes no; entre las personas que cuentan o no con redes sociales o si poseen o no atributos individuales como resultado de sus condiciones de origen.

A la luz de estas reflexiones teóricas examino en los siguientes apartados cómo se encuentran entretejidas las desigualdades sociales y cómo se han establecido las redes en estos espacios. Para lo cual, tomé como casos descriptivos las plazas Amazonas y de Ponchos.

Acercamiento etnográfico al mercado Amazonas

El mercado Amazonas es uno de los puntos estratégicos para las mujeres migrantes y refugiadas de Colombia. Ahí se ocupan de la

promoción de productos, trabajan como ayudantes en los comedores o en ventas de comida por los alrededores. Este sitio de comercio tiene aproximadamente 50 años de vida. Durante los inicios de su funcionamiento se dio la sectorización que responde a un proceso de estratificación social y diferencias étnico-raciales.

Es decir, geográficamente, el mercado al interior está distribuido en sectores que han sido demarcados por el uso del suelo y el comercio de los productos: Sector Abierto que estructuralmente es el más deteriorado. Los kioskos están fabricados en madera y sus cubiertas con de hojas de zinc. Aquí se comercializan frutas, verduras, comida, jugos naturales; el Sector Cerrado que es destinado a la venta de carnes de choncho, flores y hierbas aromáticas; el sector denominado “El Triángulo”, donde se levantaron los locales con estructura sólida y se vende ropa y zapatos. Similar división tiene la parte externa del centro comercial.

Estos tres sectores son los más tradicionales del mercado y aquí se encuentran los comerciantes con más antigüedad (30 y 40 años en el sitio). Este grupo de vendedores ha monopolizado la concesión de puestos de venta, a través de su representación como dirigentes ante el Municipio de Ibarra y la legitimidad de las organizaciones gremiales con la que cuentan. Ellos ejercen relaciones de poder en compradores potenciales de locales en cuanto al subarriendo y venta ilegal de los kioskos. Son grupos de familias que manejan información sobre las vacantes, los costos y las comisiones para quienes intervienen en el proceso de negociación. Las autoridades administrativas del mercado aseguran que existen denuncias sobre venta y reventa de puestos, pero no se sigue el proceso legal, porque existe un acuerdo tácito entre la persona que comercializa el sitio de trabajo y quien lo adquiere.

Esto significa que históricamente existen familias que han logrado acumular más capital económico, cuentan con privilegios en la plaza, con los permisos necesarios para hacer las adecuaciones que se crean conveniente y están directamente relacionados con los funcionarios municipales y, en la mayoría de los casos, ostentan los cargos directivos dentro de las organizaciones gremiales. Lo que significa que quienes tienen capacidad económica, mayor tiempo de permanencia y ejercen influencias sobre el Municipio, tienen mayores ventajas frente a los grupos de menos ingresos que no tienen un lugar para vender o subarriendan los espacios para el

comercio. En este caso se ha identificado a los comerciantes indígenas, la población negra y el grupo de mestizos pobres.

El mercado un sitio histórico de confluencia cultural y étnica la división espacial de cada uno de los sectores se ha dado en función de las diferencias étnico-raciales. Es decir, se cuenta con una población mayoritariamente blanco-mestiza dominante que tiene el control sobre el uso de suelo. Adicionalmente, hay un sector de indígenas y afroimbabureños que se han ubicado en sectores específicos del mercado y en varias ocasiones en las partes periféricas del Amazonas. Los indígenas de Otavalo cuentan con puestos de carne de choncho y venta de chochos al interior y fuera del centro comercial. Los indígenas del sector de La Esperanza y Zuleta se ubican en las calles aledañas al mercado. Mientras tanto, la población negra que viene desde el Valle del Chota se instaló en la calle Obispo Mosquera, donde comercializan tomates, papayas y los ovos. Dentro de la división espacial hay un sector que ha sido característico de los habitantes indígenas y negros que son requeridos para el servicio de carga y descarga de productos, para trabajos de construcción o de agricultura. Es notable su presencia durante los primeros días de la semana

En este contexto, la población migrante se inserta en busca de una fuente de trabajo que les permita subsistir. Es decir que este grupo poblacional se vincula a procesos de segregación espacial y exclusión. Se evidencia discriminación, marginación social (Carrillo y Salgado, 2002) y limitaciones espaciales de la población migrante en el mercado Amazonas puede enmarcarse en la reproducción de prácticas excluyentes que han venido dándose históricamente en la localidad, donde además se localizan fuertes disputas y niveles de conflictividad por ingresar o mantenerse en el lugar.

De ahí que los pocos locales ocupados por los comerciantes colombianos están subarrendados y a precios exageradamente altos (100, 200 y 300 dólares). Lo que sí se da es el empleo por jornal a las mujeres migrantes, quienes son contratadas como ayudantes de cocina en los puestos de comida. En el caso de los hombres, ellos son jornaleros en las bodegas, donde hacen carga y descarga de víveres por quintales. Paralelamente, otra cantidad considerable de migrantes de Colombia deambula, con la venta de comida típica de su país, por los exteriores del sitio de expendio. Al no contar con un puesto de venta fijo son perseguidos por la Policía Municipal y permanecen en constante inseguridad e inestabilidad. De ahí que prefieren trabajar a partir de la tarde y noche.

Las diversas experiencias de los migrantes hacen notar que llegan a este nicho de mercado sin redes, ni contactos que les permita acceder a un puesto de trabajo. En su mayoría son mujeres que recién llegan y tienen que sortear varias barreras como es su nacionalidad. Ellas optan por emplearse en varios oficios bajo explícitas relaciones de explotación, largas y duras jornadas de trabajo sin sueldo; únicamente como jornaleras. En este caso se observan mecanismos de explotación argumentados por Charles Tilly (2002).

En ese mismo sentido, en el Amazonas existen redes familiares que han acaparado los puestos de trabajo, mediante la herencia a sus hijos y familiares y la creación de organizaciones de comerciantes lideradas por dirigentes que tienen entre 30 y 40 años trabajando en el mercado. De igual manera, se han creado mecanismos de “cierre social” como son las normativas que impiden el ingreso de nuevos socios o personas ajenas al lugar a las asociaciones del comercio.

Plaza de Ponchos, lugar simbólico

La Plaza de Ponchos también conocida como mercado Centenario se levanta sobre 6200 metros cuadrados y reúne a cerca de 2.000 comerciantes de la localidad y otros 1000 vendedores que llegan de otras provincias del Ecuador y de países andinos como Perú y Colombia con el fin de comercializar sus artesanías durante los días de feria. Al recorrer por las distintas áreas, se aprecia una variedad de trabajos artesanales como: tejidos y prendas de vestir bordadas en algodón por los productores de la localidad; tapices y cuadros de pintura en Tigua provenientes de la provincia de Cotopaxi, lanzas de madera de Chonta de Napo, sombreros de paja toquilla de Manabí, las shigras (bolsos) de Chimborazo, bisutería y tejidos en alpaca de Perú. Adicionalmente, las ventas ambulantes de artículos, productos de limpieza, aguas curativas, comida forman parte de la cotidianidad del sitio.

Históricamente, la Plaza de Ponchos fue diseñada en 1972 y fue el Gobierno de Holanda, que financió este trabajo con el apoyo del Instituto de Antropología de Otavalo. El diseño y la imagen del sitio se hicieron bajo la responsabilidad de la arquitecta holandesa Tony Swollo. Históricamente, el ex presidente Gabriel García Moreno había decretado que los artesanos de las comunidades podían salir de sus comunidades para comercializar

los productos en la Plaza (Moreno y Salomón, 1991). En este lugar se combinaban dos actividades: la pelota de mano y a la vez la exposición de los trabajos en lana y productos agrícolas de las comunidades.

La Plaza está distribuida geográficamente en tres formas: módulos (90 puestos), redondeles (14 puestos) y puestos de piso (1.120). Estos a su vez se encuentran sectorizados en A, B, C, D, E y en el canchón (Maldonado 2016). La intervención de las organizaciones de comerciantes y artesanos de la localidad ha sido fundamental en el proceso de sectorización de los puestos que son de propiedad del Municipio de Otavalo, pero que se encuentran concesionados a los artesanos y comerciantes. La estratificación de los sitios de trabajo pone en evidencia lógicas organizativas y de funcionamiento que empezaron a primar y en la cual saltaron los primeros conflictos sociales entre grupos étnicos indígenas versus el sector mestizo por alcanzar un puesto. No obstante, frente al nivel creciente de conflictividad ha sido necesaria la intervención del Municipio de Otavalo.

Similar a lo que ocurre en el mercado Amazonas de la ciudad de Ibarra existen niveles jerárquicos de poder donde se encuentran los dirigentes y comerciantes indígenas más antiguos de la Plaza de Ponchos, quienes son los encargados de perpetuar la concesión de quioscos a familiares, amigos o paisanos de la misma comunidad. De acuerdo a un estudio de Toa Maldonado (2016), se menciona que es más fácil que se le conceda, arriende o preste un puesto a un indígena antes que a un comerciante mestizo. Pero estos casos únicamente ocurren cuando se trata de ventas eventuales y en las zonas periféricas de la Plaza de Ponchos.

Según esta autora la segregación étnico-racial en la plaza tiene sus raíces en el proceso de apropiación, identidad y apego al lugar por parte del sector indígena de Otavalo. Apropiación del espacio en el sentido que fueron los primeros indígenas en tomar posición sobre esta zona, que simboliza la transición del indígena del campo a la ciudad. La identidad sobre el lugar que evoca el pasaje histórico de la figura de Rosa Lema, representando al pueblo kichwa otavalo a nivel internacional y al imaginario del comerciante viajero “mindalae” insertado en una economía cultural (D´ Amico, 2014). El “apego al lugar” que connota familiaridad, cercanía, oportunidad, reencuentro (Maldonado, 2016).

Como se puede apreciar estas formas de organización social y espacial en los mercados de las dos ciudades se pueden entender desde el análisis de las desigualdades socio-espaciales que devienen en diferenciaciones por clase, género, etnia, raza, nacionalidad y estatus migratorio. Los artesanos peruanos no se encuentran ubicados en el centro de la plaza de Ponchos; ellos han abierto locales de 5 metros por 6 metros en la calle Modesto Jaramillo donde expenden la mercadería al por mayor y menor. En este caso, la segregación geográfica hacia la periferia tiene que ver con componentes étnico-raciales y por el hecho de ser “ajenos al lugar”, considerados así por una clase indígena alta urbanizada que desde la década de 1980 ha tomado el control de la plaza de Ponchos.

La plaza de Ponchos como bien privado además de su condición material, su uso está supeditado a lo “simbólico” determinado por el hecho de que es un territorio *ganado* por el sector indígena de Otavalo. Es decir, como lo señala Haesbart (2011) tiene que ver con la gama de significaciones que se le otorga a un territorio.

Análisis interseccional de resultados

Una vez que hemos descrito a los dos mercados en la sección anterior, podemos interpretar los primeros hallazgos de esta investigación. Como se advierte anteriormente, en los dos espacios se observa procesos de acumulación por el uso del suelo, pues existen comerciantes de la localidad que han acaparado los puestos de trabajo e impiden el ingreso de nuevos vendedores, de manera particular si se trata de personas de otras nacionalidades.

Los dirigentes locales son los responsables de que este cierre social sea persistente y duradero, mediante la consolidación de lazos fuertes (Massey et al., 1986) y vínculos entre sus miembros. En este hecho se resalta el papel que cumplen las redes al interior de los mercados. Durante el trabajo de campo se evidenció que desempeñan dos funciones principales. En primer lugar, proporcionan información para la venta y alquiler de puestos de venta, son el puente para la acumulación de los espacios, a través del usufructo del uso de suelo. En segundo lugar, permiten o no el acceso a nuevos socios a las organizaciones del comercio en las plazas. Este hecho hace que se aprecian acciones de discriminación hacia la población migrante –colombiana en Ibarra, peruana en Otavalo-, pues

uno de los puntos que defienden es que quienes ingresen tienen que ser de la localidad.

Sin embargo, los productores peruanos ingresaron, hace 15 años, a la plaza de Ponchos con las artesanías elaboradas de alpaca y con alta demanda entre los artesanos otavaleños, por sus bajos costos. Según los productores de Perú casi el 50% de esta producción se comercializa en la plaza de Ponchos, pero casi nadie lo expresa. Existen ciertas reservas por parte de los artesanos y comerciantes indígenas para referirse al tema o cuando mencionan lo hacen en medio de evasivas y optan por resaltar la mercadería local.

Para varios actores, los intercambios comerciales entre otavaleños y peruanos ocurría de forma paulatina y en medio de silencios en el entorno. No obstante antes de llegar a establecer estas relaciones de intercambio “pactadas” entre los dos grupos étnicos, en el pasado se desataron disputas por la plaza de Ponchos, en el sentido que los comerciantes de Perú llegaron a expender su mercadería en grandes cantidades y abrieron almacenes con su producción, hecho que provocó reclamos por parte de los vendedores locales, quienes pedían su salida mediante consignas y protestas en las calles, asegurando que no pagaban impuestos o que evadían controles aduaneros. Los productores peruanos se defendían aludiendo que todos sus papeles estaban en regla. El conflicto convocó a los sectores artesanales, comerciales con alto poder en la ciudad para encontrar una solución que ha llegado de forma paulatina (La Hora 23/03/2006).

La venta de artesanías de Perú se convirtió en una estrategia de ingreso al mercado de Ponchos, bajo el justificativo de que los migrantes trabajan en alpaca y aquí no se fabrica en este material, entonces ellos necesitan las artesanías para diversificar la producción que llevan los turistas. Es así que los mayoristas peruanos han ampliado sus locales comerciales en los alrededores de la plaza para expender su mercadería a nivel local, nacional e internacional. Este acuerdo tácito de las partes se interpreta como relaciones sociales “pactadas o negociadas” entre productores peruanos y una élite de comerciantes indígenas otavaleños que ha originado la fusión de dos grupos étnicos con poder económico y que tiene el control del mercado de las artesanías en la Sierra Centro y Norte del Ecuador.

Esta jerarquía social étnica constituida en la localidad se ha visto fortalecida con las uniones matrimoniales entre comerciantes peruanos y mujeres indígenas otavaleñas, durante la última década. Cada vez más se realizan estos matrimonios bajo las costumbres y tradiciones de los kichwa-otavalo. Hecho que ha repercutido en la conformación de un patrimonio de considerables proporciones que se visualiza con la apertura de almacenes artesanales tanto en Otavalo como en el Perú, en las condiciones de vida que tienen estas familias binacionales, que por lo general cuentan con un seguro de salud privada, sus hijos e hijas acceden a la educación secundaria y superior privada. La organización del trabajo familiar está dividida en tanto que los esposos son quienes se desplazan cada mes al Perú con la finalidad de controlar las ventas en una de sus sucursales; mientras las esposas se quedan al frente del negocio y de las actividades de cuidado. De igual manera estos vínculos de parentesco con la élite indígena de Otavalo han ampliado las oportunidades para que los productores peruanos incursionen en la migración internacional. De los entrevistados casi el 90% tiene en mente como proyecto de realización personal el viajar por todo el mundo, en busca de nuevos nichos de mercado.

Otra consecuencia de las alianzas matrimoniales entre mujeres indígenas otavaleñas y peruanos es que los varones adquieren prestigio y estatus social entre los locales, especialmente dentro de las comunidades de donde son originarias sus esposas. En este espacio son recibidos como invitados especiales y les nombran padrinos de bautizo o de otros matrimonios. Para los pueblos kichwa-otavalo el compadrazgo es algo voluntario que encierra cierta ritualidad y tiene gran importancia porque crea lazos duraderos como los de cualquier otra forma de parentesco (Salovich, 1986, citado en Maldonado, 1999). La principal función del compadre consiste en unir a los integrantes de la comuna, de tal forma que quien tiene esta investidura forma parte de toda una red en donde la comunidad actúa. Para Masferrer et al (1984) de la misma manera que el parentesco y la familia extendida refuerza la comunidad, el compadrazgo tiene un rol fundamental en la construcción de la misma.

Bajo esta lógica de funcionamiento de la comunidad los productores peruanos adquieren respeto, admiración y especialmente son sujetos de confianza y de crédito entre los hermanos, primos, parientes de su cónyuge. Ello implica relaciones de reciprocidad entre las partes y se expresa como

una estrategia de etnicidad para la sobrevivencia (De Certau, 2003). Con la ayuda mutua se obtienen recursos que son empleados en varias ocasiones para la inversión en sus respectivos negocios. No obstante, se mantiene la figura del patriarca dentro de la comunidad, pues el padre o hermano mayor de la esposa establece una relación de igual a igual con el nuevo integrante de la familia. Pareciera que cada uno asume su rol e identifica su lugar dentro del núcleo familiar; pero para el resto de la familia mantiene su poder y jerarquía.

Así entonces las relaciones de parentesco o reciprocidad entre indígenas otavaleñas y migrantes peruanos se encuentran imbricadas a las de género y la etnia, pues como señala Marisol De la Cadena (1990) las identidades étnicas se construyen en interacciones, de acuerdo con atributos que se reconocen y se fijan conflictivamente en la relación. Es decir, esta construcción se hace sobre la base de ideologías y condiciones materiales. Tanto el género como la etnia hacen distinciones mentales o materiales, pero enfatizan en una categoría como determinante de la otra.

Desde el plano de la ideología las nociones de ser hombre o mujer; reconocerse como “indígena” o “mestizo” serían falsas conciencias (posición marxista) o rezagos culturales (visión andinista). En contraste en la realidad material de las interacciones, la etnicidad adquiere características volátiles, mientras que dentro de las concepciones ideológicas se asigna rigidez a las identidades. A decir De la Cadena (1990) el punto de encuentro entre ambas es la subordinación de la realidad ideológica a las bases materiales. Esto significa que la etnicidad puede ser asumida en algunos casos como una estrategia de supervivencia o de posicionamiento.

Esta idea puede proyectarse en el caso de los migrantes de Perú que han ido posicionándose en el mercado de las artesanías y han ingresado a los contextos de migración globalizada de los kichwa-otavalos, mediante las relaciones de parentesco y el matrimonio interétnico. Así vemos que las migraciones se vinculan a contextos en los cuales se van transformando progresivamente las relaciones no solamente en el ámbito económico, sino también en las prácticas sociales y culturales de la cotidianidad, que trastocan las identidades de los sujetos y resignifican las diferencias interétnicas, de clase y género.

En el caso de las migraciones de Colombia en el mercado Amazonas de la ciudad de Ibarra, se aprecia acciones de discriminación por la nacionalidad, pero también por el hecho de ser mujeres migrantes o refugiadas. ¿Qué se comprende como una persona refugiada? Para responder a esta pregunta es necesario acudir a los instrumentos internacionales de protección de derechos humanos, tales como la Convención de Ginebra que establece que:

Toda persona que, debido a fundados temores de ser perseguida por motivos de raza, religión, nacionalidad, pertenencia a determinado grupo social u opiniones políticas, se encuentre fuera del país de su nacionalidad y no pueda, o a causa de dichos temores no quiera acogerse a la protección de tal país. (ACNUR, 2011)

Sin embargo, varios casos encontrados en el mercado Amazonas, dan cuenta de que el estatuto de refugiada se ha convertido en un marcador social, que les impide encontrar una fuente de empleo, acceso a un crédito o a un puesto de venta en este sitio de expendio. Las mujeres son contratadas de forma temporal para jornadas de fin de semana, sin un sueldo y sin protección social. Los varones migrantes realizan trabajos menores como la carga y descarga de productos y las ventas ambulantes durante las noches. Los migrantes han sido concebidos desde sus características físicas y socioculturales.

La sexualización de los mercados de trabajos sigue acentuando las cualidades físicas de los hombres para el “trabajo duro”, mientras que las mujeres, para el sector de los servicios (Scott, 1997). No obstante, cada vez son más los varones que se insertan en la venta ambulante de comida y apoyo en restaurantes. Más allá de ello, se percata que la marginación laboral de la población migrante colombiana se basa en un conjunto de características físicas, culturales, naturalizadas sobre las cuales la población local ha construido estereotipos sobre “lo colombiano” y que no solamente las/los confina a determinados “puestos de trabajo”, sino que excluye de trabajos con mayor cualificación. Esto significa que se construye socialmente a los migrantes desde cuestiones fenotípicas y factores socioculturales.

En base a los estereotipos culturales se remarcan las capacidades que tendrían las mujeres migrantes como “buenas vendedoras” y para la atención al público, atributos concedidos en virtud de su nacionalidad.

Los varones son concebidos culturalmente como más “impetuosos” e incapaces de cumplir trabajos más complejos y que requieran rigurosidad. De este modo se homogeneiza las diferencias particulares de los grupos sociales y se reproducen a través de discursos hegemónicos anclados en la institucionalidad de lo local.

Etnicización, racialización y sexualización del empleo se inscribe en prácticas acumulativas del capitalismo y es el resultado de antiguas formas coloniales y precoloniales de sometimiento a las mujeres indígenas, migrantes, que devela un proceso mediante el cual la diferenciación étnica, de género, raza, sexo, origen y los privilegios de clase se combinan y se articulan a nuevas estructuras sociales y económicas, donde lo étnico y cultural son utilizados para justificar y mantener las desigualdades sociales y la explotación económica (Francke,1990) hacia las “otras”.

Reflexiones finales

Al final de este estudio, concluimos que las desigualdades sociales no solamente se inscriben en la posesión de mayores o menores recursos económicos, sino que tanto la nacionalidad como la etnia confluyen para esquematizar los lugares y centralizar determinadas actividades económicas de artesanos locales y excluir el trabajo de los no lugareños. Como se señaló anteriormente, esto implica que la Plaza de Ponchos sea concebido como bien privado; además, su uso está supeditado a lo “simbólico” determinado por el hecho de que es un territorio *ganado* por el sector indígena de Otavalo. Es decir, como lo señala Haesbart (2011) tiene que ver con la gama de significaciones que se le otorga a un territorio.

El escenario del mercado Amazonas nos muestra, en cambio, un proceso de marginación social de los migrantes colombianos, similar al que se evidencia con los grupos étnicos de indígenas y afroecuatorianos, en el sentido que tanto hombres como mujeres refugiadas o que no tienen documentos ocupan las actividades económicas más precarias al interior del mercado Amazonas. Como son los empleos por jornal en los puestos de comidas y jugos; o el caso de los refugiados que ocupan la esquina de los trabajadores locales que van en busca de trabajo de carga y descarga de productos y los trabajos de mantenimiento de la plaza.

A lo largo de esta exposición queda en evidencia la manera cómo las relaciones interétnicas se entrecruzan con dimensiones sociales como el género, la etnia y la clase para imbricarse en los procesos de diferenciación y en la persistencia de las desigualdades sociales, en el contexto de las migraciones intrarregionales que han emergido en los últimos cinco años en los países andinos como el Ecuador, Perú. Por un lado, nos encontramos con un colectivo de migrantes-productores de Perú que miran en Otavalo un nicho económico para la producción artesanal basada en la alpaca; por otro lado, estamos frente a un colectivo de migrantes colombianos con una larga trayectoria migratoria que se vinculan a los mercados de trabajo precarios y sin garantías sociales.

Además de las transacciones económicas, este hecho social nos lleva a concluir que se trata de procesos de intercambio social, cultural y simbólico donde las redes migratorias juegan un papel fundamental en la acumulación del capital social y económico y en la perpetuación de las desigualdades sociales, mediante la implementación de mecanismos de explotación y aprovechamiento de oportunidades por parte de los grupos de poder. En ese sentido, las mujeres indígenas tienen que confrontar relaciones de poder por parte de sus cónyuges o empleadores. Pero esta subordinación no es fija ni estática, sino que es cambiante y se van renovando e innovando en los contextos sociocultural de las migraciones sur-sur.

Referencias

- ACNUR. (2011). La protección internacional de refugiados en las Américas. Ed. Mantis Comunicación. Quito- Ecuador.
- ACNUR. (2012). Informe sobre las migraciones en la región Andina.
- Camacho, Gloria. (2005). Mujeres al borde. Refugiadas colombianas en el Ecuador. Ed. Fondo de Desarrollo de las Naciones Unidas para la Mujer, Países Andinos. Quito-Ecuador.
- Carrillo, J y Salgado, S. (2002). Racismo y vida cotidiana. Ed de la Universidad Andina Simón Bolívar.
- De la Cadena, M. (1990). "Las mujeres son más indias"
- De Certau, M. (2003). La invención de lo cotidiano. Ed. Albo.

- D´ Amico, L. (2014). Etnicidad y globalización: las otavaleñas en casa y en el mundo. Ed. Iconos N° 54. Flacso-Ecuador.
- Joan, S. “El género: una categoría útil para el análisis histórico”
- Joan, S. “Experiencia”
- Marfil, F. (1990). “La trenza de la dominación. Mujeres indígenas en la historia del Perú”
- Maldonado, G. (2010). Comerciantes y Viajeros. Ed. Flacso-Ecuador
- Massey et al (2000). “Teorías sobre la migración internacional. Una reseña y una evaluación” *Trabajo*, año 2, No.3. [T.G.]
- Moreno, S y Salomón, F. (1991). Ancestros, huaqueros, y posibles antecedentes del incaísmo cañari. Ed. Abya Yala.
- Paredes, J. (2010). El feminismo comunitario. Ed. Skopus.
- Pedone, Claudia. (2010). Cadenas y redes migratorias: propuesta metodológica para el análisis diacrónico-temporal de los procesos migratorios. Pub. Research Gate.
- Pérez, J y Mora, S. (2014). Exclusión social, desigualdades y excedente laboral. Reflexiones analíticas sobre América Latina.
- Pérez, J. (2014); “El tercer momento rousseauiano de América Latina. Posneoliberalismo y desigualdades sociales”, *desigualdades.net*, Working Paper Series No. 72, Berlin: *desigualdades.net* international Research Network on Interdependent Inequalities in Latin America.
- Portes, A. y Leif, J. (1998) “The Enclave and the Entrants: Patterns of Ethnic Enterprise in Miami before and after Mariel.” *American Sociological Review* 54.6 (1989): 929-49. Web.
- Portes, A. y K. Wilson (1980), “Immigrants enclaves: An analysis of the labor market experiences of Cubans in Miami”, *American Journal Sociology*, n° 86, pp. 295-319.
- Portes, A. y M. Zhou (1992), “En route vers les sommets: perspectives sur la question des minorités ethniques”, *Revue Européenne des Migrations Internationales*, vol. 8, n° 1, pp. 171-192. [doi:10.3406/remi.1992.1602](https://doi.org/10.3406/remi.1992.1602)

- Portes, A., et al., (2002). Empresarios transnacionales: emergencia y determinantes de una forma alternativa de adaptación económica. En *Vertice, revista de Ciencias Sociales*. Flacso - República Dominicana. 2001 – 2002.
- Portes, A. y Leif, J. (1987) ¿What's an ethnic enclave? The case for conceptual clarity, *American Sociological Review*, 52: 768-771.
- Portes, A., y Urquidi, M. (1989). Del sur de la frontera: las minorías hispánicas en los Estados Unidos. *Revista Mexicana de Sociología*, 263-290.
- Portes, A. (2006). La nueva nación latina: inmigración y la población hispana de los Estados Unidos. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas (REIS)*, 116(1), 55-96.
- Portes, A. y Manning, R. D. (2008), “The immigrant enclave: theory and empirical examples”, in D. B. Grusky (ed.), *Social stratification: class, race, and gender in sociological perspective*, Boulder, CO, Westview Press.
- Ramos, P. (2010). *Migración peruana a Ecuador: ¿en espera de una regulación definitiva?* Ed. SIMA.
- Reygadas, L. (2015): “The Symbolic dimension of inequalities”, *desigualdades.net*, Working Paper Series No. 78, Berlin: *desigualdades.net international Research Network on Interdependent Inequalities in Latin America*.
- Ruiz, M. (2010). *Migración transfronteriza y comercio sexual en Ecuador: condiciones de trabajo y las percepciones de las mujeres migrantes*. Ed. Flacso-Ecuador.
- Wright, E. (2010). *Cuando la clase importa*. Ed. Venus.
- Yépez, F. (2016). *Monografía de la ciudad de Ibarra*. Ed. Pegasus.
- Tilly, C. (2000), *La desigualdad persistente*, Ediciones Manantial.